
HOMBRES Y CYBORGS

ANDRÉS MOYA

¿QUÉ CONOCIMIENTOS DEBEN DESARROLLARSE
EN SU DISCIPLINA PROFESIONAL PARA HACER POSIBLE QUÉ FUTURO?

Dado el carácter generalista de la revista, deseo hacer una reflexión preliminar que, a mi juicio, es muy oportuna y puede ayudar a situar en perspectiva la respuesta a las cuestiones formuladas. Y es la siguiente: debería releerse a Nietzsche a la luz de la ciencia actual. Sostengo que la tradición filosófica occidental nunca ha sido parca en vislumbrar futuros radicalmente nuevos y alejados de las deidades que nos han atenazado, aunque también ha proporcionado tranquilidad espiritual. La ciencia nos brinda la posibilidad de reinterpretar, ahora en forma explicativa, pero también intervencionista, las tesis clásicas sobre el origen, la diferencia, la evolución y el futuro de la naturaleza humana. Lo que Nietzsche sostuvo, y otros antes que él, se encuentra dentro del dominio del sistema filosófico, con una lógica que se ejercita a partir de supuestos que rondan lo axiomático y que versan sobre las particularidades de la naturaleza humana, una naturaleza que ha estado encorsetada, maniatada por la propia necesidad de dar sentido a la existencia. La espiritualidad es un fino logro, primero, de la evolución biológica y luego de la cultural, pues no sólo nos proporciona paz interior, sino que también nos aleja del desasosiego. En los albores de nuestra existencia debió verse favorecida por la selección natural cierto tipo de caracteres favorecedores del optimismo vital, frente a esos otros que nos arrojaban a pensamientos dubitativos, los que asustan por la sensación que produce la soledad de sabernos seres inteligentes, sí, pero únicos en el universo. Por el contrario, sentir unicidad, trascender el propio yo aislado para formar parte de un todo armonioso, alcanzar la convicción de que existe un significado para el cosmos y nosotros incardinados en él: ¿quién no ha experimentado con grado diverso ese particular sentimiento? La racionalidad, al igual que la espiritualidad, tiene grados, y cada uno de nosotros bien pudiera ser un cóctel de ambos en proporciones diferen-

Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva, Universitat de València, España. / andres.moya@uv.es

Última contribución a *Ludus Vitalis*: "La superación del dualismo", vol. XIV, num. 26, 2006, pp. 247-250.

Ludus Vitalis, vol. XV, num. 28, 2007, pp. 227-230.

tes. En efecto, la distribución de espiritualidad es como la de la inteligencia: tiene base genética compleja y fuerte componente ambiental y cultural. Por lo tanto, no debe sorprendernos la recurrencia histórica de seres poco o nada espirituales y, por lo tanto, de espíritus con capacidad para sostener el ateísmo, aun y cuando eso comporte desasosiego y amargura en grado variable.

La intuición fundamental de Nietzsche es que nuestra naturaleza debe revelarse contra esa suerte de dictadura impuesta por el cristianismo en torno a los valores de bondad y disposición a no ofrecer la cara de lucha o enfrentamiento. Pero él no estaba en condiciones de fundamentar su rebeldía más allá de lo que hizo, lo que no quiere decir que anduviese equivocado. Sugiero que se retome esa intuición de siempre y se examine de nuevo, dándole consistencia y complementariedad racional y científica, es decir, contextualizándola a la luz de nuestra época y, sobre todo, formulando una nueva propuesta sobre la base de su radical significado. Esto último constituye el ejercicio más complicado, porque la citada propuesta tiene consecuencias variadas. La más fundamental de ellas, a mi modo de ver, consiste en nuestra creciente capacidad de autointervención.

Pues bien, en eso resumo los conocimientos que, a mi juicio, constituyen el ámbito de la biología del futuro. Me centro en la noción de autointervención como exponente "máximo" de la capacidad de modificar de forma eficiente (es decir positiva, generadora de producto, pero con base explicativa) la naturaleza. No existe terreno de la biología, cuando la pensamos en el plano de lo positivo, de lo dirigido a la obtención de un producto singular, que no implique una cierta capacidad de intervención. Ahora manipulamos genes, pero manipularemos genomas, células, embriones, órganos. Estamos accediendo a la comprensión de las bases del comportamiento humano, pero acabaremos teniendo un mapa detallado del proceso del funcionamiento cerebral en la generación de sentimientos y en las categorías superiores del pensamiento, incluido el proceso de toma de decisiones. Desarrollamos fármacos, todavía bastante genéricos, pero desarrollaremos nanomáquinas o células mínimas capaces de dirigirse "al problema" para su eventual resolución molecular.

¿CÓMO PARTICIPA ESTA IDEA DE FUTURO EN EL DESARROLLO DE ESOS CONOCIMIENTOS?

Permítaseme hacer una referencia a *Blade Runner*, esa película de ciencia ficción que, al igual que muchas otras, nos muestran un futuro. No estoy totalmente convencido que el ambiente urbano que nos presenta, el de ciudades oscuras, congestionadas, hiperpobladas, sucias, etcétera, aisladas por paraísos de selvas impolutas y soleadas, pero deshabitadas por los humanos, pueda servir como modelo retroactivo. No creo que pueda

resultar válido asumir modelos “negativos” de habitabilidad. En todo caso, podría ser positivo el ver a qué llegaríamos de continuar con una serie de inercias e irracionalismos que operan en las grandes ciudades actuales. Como digo, se trata de una proyección de las grandes —me refiero a las muy pobladas— ciudades actuales, resultando así en megalópolis que representan los extremos de la degradación urbana y la inhabitabilidad. En la medida en que es una proyección de “lo actual”, no lo considero un modelo retroactivo que pueda servirnos de guía alguna. En ese sentido, como digo, no creo que esta película nos esté comunicando un modelo viable a seguir.

Pero hay otro asunto que constituye, a mi juicio, el núcleo central de la misma, y que sí considero, en cambio, representa la quinta esencia de la autointervención a la que he hecho referencia en la cuestión anterior. Me estoy refiriendo a los *cyborgs*. Un *cyborg* es mucho más que un robot. En la acepción que me interesa, y como si de una historia evolutiva de la robotización se tratase, y que en buena medida la película nos ofrece, el *cyborg* es un producto más y más eficientemente diseñado. Se compone de partes orgánicas que se corresponden con órganos fundamentales del cuerpo humano, como por ejemplo el cerebro, y por materiales inorgánicos, producto de nanotecnologías y robótica avanzadas. ¿Son esos *cyborgs* los superhombres del futuro? ¿Nos podrían reemplazar?

En la cuestión anterior hice referencia a la creciente capacidad de autointervención como consecuencia del incremento de nuestros conocimientos biológicos, pero no me manifesté con respecto al desarrollo de la robótica, la computación y los nuevos materiales. Pues bien, creo que la conjunción de todas estas disciplinas y las tecnologías derivadas es algo actual, donde el *cyborg* representa un “modelo futuro retroactivo” sobre el que deberíamos reflexionar, entre otras cosas, porque puede constituir, como nunca hubiera imaginado el mismo Nietzsche, la viva imagen, en términos biológicos y éticos, de lo que él atisbó como “superhombre”.

No entraré aquí en el debate que se plantea en la película en torno a los sentimientos de esos “seres” que han sido enviados a otros mundos, que piensan y sienten, y que gozan, además, de capacidades físicas y mentales necesariamente muy por encima de las humanas, porque han sido diseñados por expertos relojeros: nosotros mismos. La cuestión fundamental que la película plantea es la de la supervivencia de los *cyborgs*, su “lucha por la supervivencia” y, además, la conciencia de grupo, que les puede acabar llevándolos al enfrentamiento con ese otro grupo que los creó: los humanos. No debería sorprendernos esta historia de conflicto. Nuestra especie resultó vencedora cuando, aparentemente, desplazó al hombre neandertal, con el que llegó a coexistir. Es posible que la desaparición de una no fuera por causa de la otra, sino por circunstancias relativas a la progresivamente menor capacidad adaptativa del neandertal, constituido

por grupos aislados y reducidos, para sobrevivir en un ambiente particularmente inhóspito. Tanto si este es el caso, o si realmente la especie humana contribuyó a la extinción del neandertal, lo cierto es que fueron las fuerzas de la naturaleza las encargadas de hacer aparecer dos especies inteligentes que coexistieron, hasta que finalmente una de ellas desapareció. Aun y siendo una especie con claras muestras de inteligencia, pensamiento abstracto y capacidad de previsión del futuro, lo cierto es que no lo fue suficiente como para poder obviar determinadas dificultades y, al igual que ha ocurrido con miles de otras especies, siguió el camino de la desaparición.

No es del todo seguro, por otro lado, que existiera una barrera biológica al cruzamiento entre ambas; más bien se trataría de aislamiento geográfico entre pequeñas comunidades muy alejadas y, en el caso de darse encuentros eventuales, cierto tipo de conductas culturales que no favorecerían el cruzamiento, aunque éste fuera factible y viable.

En el caso de la humana y los *cyborgs*, estaríamos hablando de la coexistencia entre dos especies, al igual que la humana y la neandertal, con la particular y nada trivial diferencia de que en el primer caso la primera ha sido la creadora de la segunda. Lo que nos lleva a otra interesante cuestión. Los *cyborgs* son plenamente conscientes de sus orígenes, al menos los primeros de ellos y, por lo tanto, deberían desarrollar una particular filosofía o, mejor, teología, respecto de sus padres creadores, al igual que el hombre, en sus albores, desarrolla la suya propia y establece que tanto él, como todo lo que le rodea, son producto de la creación de Dios. Supongamos que estas criaturas, tal y como ocurre en la película, son lanzadas a la exploración del espacio, sin posibilidad alguna de imaginar quién los lanzó. Me inclino a pensar que llegarían a conclusión, similar a la nuestra, de que algún otro ser, muy superior a ellos, tuvo que haberlos creado. Pero son seres particularmente inteligentes, de forma tal que, tarde o temprano, llegarán a reconstruir con precisión racional su particular historia. El rencuentro con su creador puede ser particularmente importante, y pronto apreciar que ellos mismos disponen de cualidades muy superiores o, en todo caso, que pueden tener una vida independiente, al margen. Aunque no hay una equivalencia total en las respectivas relaciones con sus creadores, lo cierto es que si al humano le lleva tiempo zafarse de la influencia y poder ejercidos por su virtual creador, mucho menor va a ser el que puede llevarle al *cyborg* a hacer lo mismo o “reclamar su independencia”.

La pulsión por sobrevivir, finalmente, es tan medular a su existencia como lo es en nuestra especie, de forma tal que todo aquello que perciba como ataque a la misma, individual o colectiva, se traducirá en una lucha contra quien la provoca. ¿Nos enfrentaremos? ¿Nos remplazarán?